

XXVII.

EL GOBIERNO DEL SR. GRAL. PORFIRIO DÍAZ.



DECLARADO Presidente Constitucional para el período de 1884 á 1888, el General Díaz tomó por segunda vez posesión del Gobierno, con gran satisfacción del pueblo mexicano.

Desde entonces ha venido desempeñando, sin interrupción, durante veinticuatro años, el alto puesto de Presidente, con la unánime aprobación de los mexicanos y el general aplauso de los extranjeros.

No faltan, sin embargo, algunos descontentos, que sin desconocer la magnitud de la obra realizada, sostengan, con capciosos argumentos, la conveniencia ó la necesidad de que Porfirio Díaz abandone su puesto, para que así pueda saberse si el pueblo mexicano es en la actualidad capaz de conservar su paz y proseguir su progresiva marcha bajo la dirección de un nuevo gobernante.

Otros pretenden convencernos de que el omnímodo poder del actual Presidente, ha impedido, hasta ahora, la formación y elevación de hombres de gobierno, de estadistas que puedan substituirle.

Me parece oportuno reproducir aquí, algunos de los conceptos emitidos por uno de esos pocos escritores, que aun juzgando necesaria la permanencia del General Díaz al frente del Poder Ejecutivo, creen que se debe dar al pueblo mexicano, más, mucha más libertad de la que tiene, que por cierto le ha bastado para llegar al engrandecimiento ha que llegado:

«Desde entonces, cada vez que se acerca el término del período presidencial, corre un estremecimiento de un extremo á otro de la

República, y surge una duda sombría, no respecto al sucesor del General Díaz, sino á si éste se prestará á continuar en el poder, á pesar de los años y de la fatiga consiguiente que se vienen acumulando en él; y se invoca su patriotismo; se evoca cuanto puede influir sobre su espíritu; concurren en masa todas las clases sociales, identificadas en una aspiración común, y, en la forma de súplica y usando de un derecho sacratísimo, le imponen el deber de continuar en su puesto, para que dé término á su grandiosa obra, ó, al menos, la adelante lo más posible.

«El Sr. General Díaz ha dicho y repetido, que ya es tiempo de que él se retire; y la Nación le ha contestado que ese tiempo no llegará mientras él viva y marche por la senda que él mismo se ha trazado.

«Nos dice que debemos fijarnos en un sucesor; y después de medir la talla de nuestros contemporáneos, le respondemos que ninguno da la medida.

«Nos pregunta qué haremos el día en que llegue á desaparecer, pagando el fatal tributo á la muerte. Y le contestamos, que entonces pondremos en el lugar vacante á aquél que más se acerque á sus tamaños, obligados por la necesidad; pero que mientras no llegue ese caso extremo, tenemos el derecho y el deber de aprovechar lo mejor conocido, sin procurar ensayar con lo bueno por conocer.

«¿Qué es lo que inspira á nuestra sociedad respuestas tan juiciosas á preguntas y objeciones tan sensatas? El instinto de conservación, más arraigado hoy que nunca, porque por primera vez vemos que la vida nacional es buena; y á ese instinto supremo se une el de la utilidad, porque también por primera vez vemos que el trabajo nacional es bueno, remunerativo, que aumenta los goces de la vida pública y de la privada; que proporciona mayor instrucción; que constituye una verdadera fuerza creadora; que nos obliga á reflexionar sobre lo pasado, á ocuparnos en lo presente y á prever para lo porvenir, llevándonos hacia lo desconocido en una marcha triunfal. . . .

«Esas dudas, cuando se acerca el término del período constitucional, y ese entusiasmo, cuando vemos consumada la reelección, no son fenómenos locales, sino que encuentran eco prolongado en el mundo entero, pues no hay nación que no tenga hoy fijadas sus miradas en nuestra patria, tan humilde, tan desdichada, tan desconceptuada hasta hace pocos lustros, y hoy envidiada por algunos, citada como admirable modelo por muchos y respetada por todos.

«Tales simpatías, son hijas, en gran parte, de la admiración que profesan en el extranjero á nuestro ilustre gobernante, y se deben,

también, al pueblo mexicano, que ha sabido apreciarlo en vida, en todo su valor, y se ha identificado con él, convirtiéndolo en un símbolo de su fortuna. . . .

«Es lo más justo que aquellas naciones que poseen intereses en México, ya porque aquí radican y trabajan súbditos de ellas, ya por los capitales que en industrias privadas ó en obras públicas, ó por cualquier otro título, han invertido en nuestro país; nada más justo, repetimos, que tengan el mayor interés en la paz y en la prosperidad de México, y en que al frente del Gobierno se encuentre un hombre que dé las más perfectas garantías de orden y progreso, de moralidad administrativa y de honradez en el cumplimiento de todos los compromisos contraídos.

«Y esa opinión universal es favorable, en extremo, al Sr. General Díaz, como lo revela la prensa extraña con sus elogios, los gobiernos con las distinciones tan honoríficas que le prodigan á porfía, así como á sus principales colaboradores. . . .

«*Es indispensable que el Sr. General Díaz concluya su obra.*—No faltará quien pretenda que este argumento es falso, creyendo que por tal obra entendemos el apogeo definitivo de México, llevando al máximo su desarrollo. Nada más lejos de nuestro pensamiento, pues bien sabemos, por las lecciones de la Historia, que los pueblos no se desarrollan con tanta prontitud como los individuos, y que, además, poco dura lo que pronto alcanza su plenitud de vida.

«La obra es larga y lenta por su propia naturaleza, y lo único á que aspira el Sr. General Díaz, y tenemos derecho á esperar de él y de la actual generación, es que acaben de dar á la patria su manera de ser, eliminando todos los elementos nocivos, robusteciendo los principios, creando algunos que aumenten su vitalidad, para dejar firmes, sólidos é inamovibles, los cimientos en que ha de descansar el soberbio edificio, como hemos repetido tantas veces. . . .

«Falta, por último, que la situación sea tan clara, que la administración esté tan perfeccionada, que el sistema sea tan completo y simplificado, que al dejar el Sr. General Díaz el poder, el juicio hereditario por testamento ó *ab intestato*, no ofrezca dificultades, no dé lugar á litigio, ni menos aún concluya en bancarrota, á fin de que el llamado á sucederle, pueda proseguir la obra sin tropiezos ni vacilaciones, y no se note solución de continuidad; en una palabra, que su sucesor encuentre resueltos todos los principales problemas políticos, económicos y sociales; que no tenga necesidad de crear, sino de fomentar; que no tenga luchas que emprender, sino victorias que ex-

plotar; para que, aunque carezca de las excepcionales dotes del actual Presidente, pueda administrar con idénticos brillantes resultados.

«Por eso creemos hoy necesaria la reelección, como la creen todas nuestras clases sociales, todos nuestros partidos políticos y todas las potencias que cultivan relaciones con México. . . .»

«El Sr. General Díaz nos ha demostrado, durante los largos años que lleva de estar en el poder, que ni lo pretendió por ambiciosa vanidad, ni lo ha ejercido en provecho propio, ni siquiera de un partido; sino que trajo una ambición legítima, la de un patriota, y que lo ha ejercido en provecho de lo que hay de más noble y de más grande para un patriota: la Patria.

«Y el pueblo que tuvo, por intuición, en el caudillo su mejor esperanza, ha llegado á tener por convicción íntima, fundada en la razón y la experiencia, la más ardiente fe en el gobernante. . . .»

«Además, había la esperanza de que entrase el General Díaz en una nueva evolución, ensanchando la libertad, dando una participación más directa al pueblo en la cosa pública, y que permitiese la revelación de nuevas personalidades políticas.

«Esa era nuestra esperanza; esa es nuestra esperanza todavía.» *

«Engañan á sabiendas, los escritores que aseguran que el Presidente Díaz no ha tolerado que en México se formen estadistas, ni ha permitido á los hombres de valer y de talento, desplegar sus energías y mostrar sus aptitudes políticas ó administrativas.

Desde el primer período de su ascenso al poder (y la Historia está ahí para probarlo), el Presidente Díaz ha hecho, exactamente, todo lo contrario.

Ha venido buscando, ha venido creando, ha venido formando ó procurando formar estadistas, *hombres de Gobierno*.

Á cuantos se han señalado, á cuantos se han distinguido, á cuantos han siquiera revelado algunas aptitudes, les ha favorecido, encomendándoles puestos de importancia: Gobiernos, Ministerios, y hasta la Presidencia misma, colocándoles así en las condiciones más propicias para exhibir sus cualidades.

Es un alto deber de virtud cívica el que ha cumplido el honrado gobernante al aceptar en su Administración, sin distinción de creencias, principios ni partidos, á cuantos ciudadanos han sido señalados por la opinión pública como capaces de gobernar un pueblo.

* Rafael de Zayas Enríquez.

No es culpa suya, si los hombres por él escogidos, de preferencia entre los que el pueblo ha señalado, no han sabido corresponder á la esperanza que en ellos se cifraba; y es injusto, es absurdo exigirle la forzosa, la imposible creación de grandes hombres y de grandes figuras que puedan substituirle.

Por lo demás, no es á Porfirio Díaz á quien le toca formar ni designar su sucesor, ya que hasta los opositoristas sistemáticos han convenido en que: *el poder no es una propiedad que pueda ser incluida por el Presidente Díaz en una cláusula de su testamento*.

Llegada la ocasión, es al país entero, al pueblo mismo, á quien le toca designar y escoger su candidato.

Sólo unos cuantos descontentos son los que pretenden que el Presidente Díaz, ó abandone su puesto contra la voluntad de la Nación entera, ó dé completa libertad á otros tantos revoltosos, para que al amparo de los grandes, pero en la actualidad irrealizables ideales que proclaman, puedan sembrar de nuevo la discordia y agitar el país con prematuras conmociones.

Deben tener muy poco patriotismo los ingratos que pretenden privar á la Patria del mejor gobernante que ha tenido.

Porque, en resumen, lo que «dos» ó «tres» politicastros ambiciosos pretenden, y aconsejan al Presidente Díaz, es lo siguiente:

«Abandona tu pueblo y tu puesto, y abandónalo en el momento mismo en que más te necesite la Nación, y cuando estás ya á punto de coronar tu magna obra.

«Destruye el edificio que con tantos afanes has construido, derrumba ese soberbio monumento que á la Paz y al Progreso has erigido.

«Da libertad completa, no al pueblo mexicano, porque éste ya la tiene y vive trabajando, tranquilo, satisfecho, feliz, agradecido y confiando en que su fiel caudillo no habrá de abandonarle, mientras viva. Da libertad completa á todos esos intrigantes ambiciosos, que pretenden volver á colocar á tu país en las aciagas circunstancias en que se hallaba hace treinta años.»

«¿Y todo para qué?»

«Pues en primer lugar, para que pases á la Historia con el glorioso nombre de abnegado, y se te pueda comparar con Washington; y después, para ver si es posible que entre las luchas, las revueltas y el desorden que tu separación provoque en el país entero, surja el improvisado hombre maravilloso que ha de substituirte.

«Y en el remoto caso de que surja, no le dejes la grande, la costo-

sa herencia de paz y de progreso que con tantos afanes has acumulado.

«Déjale un país desordenado, enardecido, en pleno torbellino de lucha electoral; aunque para ésto tengas tú mismo que formar partidos que subleven al pueblo y siembren la discordia, y le dividan en facciones y en banderías personalistas que se disputen el triunfo, y nos ayuden á nosotros los políticastrs, á escalar algún puesto en el nuevo Gobierno: en el que venga, sea cual fuere, pues á decir verdad, un puesto es lo que más nos interesa.

«Si tal haces, si nos das ocasión de aprovecharnos, ya puedes, desde ahora, contar con nuestro aplauso.

«Mira que en el actual orden de cosas, nosotros no podríamos encumbrarnos. La paz que has conquistado, no es un generador de hombres de Gobierno.

«Para que éstos se formen y salten á la arena, es necesario que vuelvan los disturbios, y las luchas, y la anarquía, y el fratricidio.

«Así es como nosotros lo creemos; así es como pensamos.

«No vaciles en desquiciar tu obra, y por salvar tu nombre, sacrifica á tu Patria y vuelve á hundir al pueblo que te aclama, en los tristes horrores del pasado, en aquel hondo abismo de miseria, del que tan sólo á costa de tu sangre pudo arrancarle un día tu mano bienhechora.

«Deja que la Nación corra la suerte que el destino le tenga depurada, y piensa sólo en ti. . . .

«¡Tu gloria antes que todo!

«Los malos mexicanos venimos á tentarte, como Luzbel tentó á Jesús en la montaña.

«No vaciles. . . .

«Sobre la dicha de la Patria, puede pasar tu nombre hacia la Historia, ornado con este último, ilusório laurel que te ofrecemos. . . .»

¿Y esto es lo que pretenden, y esto es lo que aconsejan al que ha creado la nacionalidad mexicana?

Tal pretensión, ni es justa, ni patriótica, ni honrada. . . . representa un absurdo, envuelve una traición, y el gran patriota debe despreciarla.

Nosotros no podemos decir, con absoluta precisión, lo que hará el Presidente en el próximo período; pero estamos seguros de que hará algo tan grande, que logrará sobrepasar todo lo bueno que hasta ahora ha hecho.

Quien ha visto, ha estudiado y comprendido la gran obra política

de este hombre superior, á cuya penetración y á cuyas altas miras no escapan ni los mínimos detalles de lo presente, ni las trascendentales amenazas de lo futuro, puede vivir tranquilo, en la seguridad de que la marcha que Porfirio Díaz ha de seguir de hoy en adelante, ha de ser muy distinta de la que en los pasados tiempos ha seguido.

¿Que el pueblo necesita libertades superiores á las que ahora tiene? Pues las tendrá, no hay que dudar.

¿Que hacen falta partidos y libertad electoral completa y grandes luchas en la tribuna, en el parlamento y en la prensa, para educar, aguerrir y preparar á la generación que viene? Pues también los habrá. . . .

Sólo que la transformación tendrá que ser muy lenta, prudente y mesurada para que no resulte intempestiva.

Grandiosa desde el prólogo viene siendo la obra de Porfirio, y los que hemos crecido á la sombra de esa obra de paz y de progreso, jamás descaminada, jamás interrumpida, tenemos fe completa en el epílogo.

Como nosotros opinan, de nuestra fe participan, y con imparcial sinceridad elogian á nuestro insigne Presidente, cuantos notables escritores europeos y americanos se han ocupado en estudiar nuestro Gobierno.

«He aquí, dice Bourgeois, la obra que merece ser puesta ante los ojos de todas las naciones, para servir de lección á las unas, de ejemplo á las otras, é inspirar á todas estimación y simpatía por un pueblo capaz de tal engrandecimiento. En verdad, cualquiera de los hombres de Estado, en Europa, estaría orgulloso de semejante resultado: nadie vacila en colocar á los que lo han logrado, sobre todo al Presidente Porfirio Díaz, entre los más hábiles políticos y los mejores administradores de nuestro tiempo.»*

George W. Crichfield, norteamericano, escritor distinguido, que en su obra «American Supremacy» trata muy duramente á las repúblicas latino-americanas, hablando del Sr. General Díaz ha dicho lo siguiente: «Entre los gobernantes producidos, tanto por los pueblos

* Léon Bourgeois. «Le Mexique au débout du XX siècle.» Par MM. Le Prince Roland de Bonaparte, Léon Bourgeois, Jules Claretie, D'Estournelles de Constant, A. de Foville, Hipolyte Gomot, O. Gréord, Albin Haller, Camille Krantz, Michel Lagrave, Luis de Launay, Paul Leroy-Beaulieu, E. Levasseur, le General Niox, Alfred Picard, Elisée Reclus. Paris. Librairie Delagrave. 15, rue Soufflot.

del Norte, como por los del Sur de América, se destacan conspicuos dos nombres: Porfirio Díaz y Don Pedro II.

«Son, indudablemente, estos dos hombres los más grandes gobernantes que hasta ahora ha producido la América Latina, y todos los demás están muy lejos de ellos.

«Cosa extraña: los dos hombres son de muy diversas inclinaciones personales y de muy diferente carácter, y lo que más asombra es que dos individuos, caracterizados por tan distintas y casi antitéticas peculiaridades, hayan podido llegar, substancialmente, al mismo resultado, esto es, á la organización de dos, realmente, fuertes y eficientes gobiernos, con los elementos que existen en México y en el Brasil.»

“GENERAL PORFIRIO DÍAZ.”

«Por sus proezas y su genio, este gran hombre ocupa el primer puesto á la cabeza de todos los gobernantes y estadistas que ha producido la América Latina.

«Mientras más vemos al General Díaz, mientras más estudiamos su labor en la vida, más admirable y grande le encontramos.

«Es una de las grandes figuras del mundo, y su fama le coloca á la altura de los más poderosos talentos constructivos de todas las naciones y todas las edades.

«En un capítulo anterior, hemos descrito la carrera y el carácter de Bolívar, un portentoso atolondrado, irresponsable, un medio loco, cruel y temerario: el más notable carácter de su tipo que el mundo ha producido; la encarnación de la energía, de la perseverancia, de la destrucción y de la auto-glorificación.

«En Porfirio encontramos la verdadera antítesis de aquel tipo: un tremendo carácter, consagrandose sus vastas facultades intelectuales á construir, jamás á destruir. Un hombre, personalmente más valiente, y como General, más grande que Bolívar, sin tener el fanatismo, ni el salvajismo, ni la crueldad de aquel desalmado. — Díaz se distingue y está sobre Bolívar por su manifiesta buena fe y sus extraordinarias dotes constructivas y administrativas. De la desolación y la anarquía, Díaz ha hecho surgir un pueblo fuerte, una Nación que, si prosigue por el camino de la paz y de la equidad que Díaz, su verdadero padre, le ha trazado, puede contar con la leal amistad y con la ayuda moral y material del Gobierno de los Estados Unidos, en cualquiera emergencia.

«Comparadas con esta soberbia obra, las obras de los otros gobernantes de la América Latina, exceptuando la de Don Pedro II, resultan bien pequeñas é insignificantes.

«La potencia fundamental del carácter de Díaz, es la buena fe. Cuando él contrae un compromiso, lo contrae con la honrada intención de cumplir debidamente.

«Las pequeñeces no le preocupan. Su gran golpe de vista puede abarcar, con amplitud, las grandes manifestaciones de la civilización en su extenso conjunto. Ha consagrado todas sus energías y todas sus aptitudes de organizador, á transformar á México en una gran Nación, y lo ha logrado, haciéndose admirar de todo el mundo.

«Díaz es digno de que se le compare, no sólo con las grandes figuras de la América Latina, sino con los más grandes y capaces gobernantes de la Tierra. Su obra recuerda la de Bismarck, unificando el Imperio Alemán, y es parecida —excepto en la crueldad,— á la de Pedro el Grande, la encarnación del desarrollo y engrandecimiento nacional.

«Nuestra misma Nación no ha producido más que un hombre que haya mostrado tan variadas cualidades, así en la paz, como en las vicisitudes de la guerra: George Washington.

«Lincoln es una de las figuras inmortales del mundo; poseyó todas las cualidades del estadista y del patriota en un grado tan alto, que nadie le ha igualado; pero no tuvo el preeminente talento militar de Díaz.

«El General Grant fué un gran soldado, probablemente más grande que Hannibal, Wellington ó Lee, y quizás igual, por su habilidad para combatir, á cualquiera de los grandes capitanes que han vivido; pero Grant era lamentablemente deficiente como estadista. Porfirio Díaz es á la vez un soldado y un estadista combinados —legislador, juez y ejecutivo,— es el conjunto de todas las virtudes y de todas las capacidades necesarias para formar la personalidad completa de un gobernante digno de figurar al lado de Washington, Lincoln, Bismarck y Federico el Grande. Porfirio Díaz no pertenece á México; pertenece al Mundo.» *

Halagador á nuestro noble patriotismo es el juicio de Chrichfield, quien como Roosevelt, Root y muchos otros ilustres norteamericanos, estima el Gobierno del Sr. General Díaz en todo lo que vale.

* American Supremacy.—By George W. Crichfield.—New York.—Brentano's.—1908.

Satisfechos con el honor que se hace á un compatriota, los mexicanos estamos orgullosos de contar entre nuestros conciudadanos, un hombre á quien los extranjeros más altivos no vacilan en comparar con sus más grandes é insignes gobernantes.

Generalmente se nos juzga tan mal, que por mi parte, siento profunda gratitud ante los homenajes tributados por hombres de otra raza y de otra sangre, á un hombre de mi raza y de mi sangre. . . á un mexicano.



Porfirio Díaz, Pacificador de México.